

# HITOS HISTÓRICOS EN LA COLONIZACIÓN DE NUEVO MÉXICO: ACOMA

Joaquín NAVARRO MÉNDEZ  
Suboficial Mayor de Infantería

## PRÓLOGO

**P**RÓXIMO a cumplirse el cuarto centenario de la autorización para la colonización de Nuevo México, sirvan estas líneas de homenaje para aquellos hombres que fueron capaces de llevar a cabo tamaña empresa a pesar de las dificultades sinnúmero que tuvieron que vencer.

El territorio que España colonizó con el nombre de Nuevo México, comprende el conjunto de los actuales estados de EE.UU.: Nuevo México, Arizona, Utah, Texas y parte de Nevada y Colorado.

El resultado de la labor colonizadora de España en la región ha sido discutido con apasionamiento, abundando los ataques y la defensa. He aquí algunas opiniones positivas de escritores norteamericanos:

Erna Fergusson dice, en *Our Southwest*, que *los indios del suroeste deben su feliz estado a España*.

*La colonización española* —afirma el historiador Harry Bernstein— *no fue sólo dirigida a la busca del oro, sino que el imperialismo de España extendió una civilización, dando nueva adaptabilidad y poder a los grupos indios, especialmente en el suroeste americano.*

El escritor George Warton James añade: *Las gentes de habla inglesa han creído siempre que Inglaterra ha sido el único poder colonizador de la historia. Pero considerando el tiempo y las circunstancias debe concederse a España el honor y la consideración de una obra más completa. Más grande en cuanto a las dificultades a vencer, más grande en cuanto al espíritu que la animó, más grande considerando sus últimos resultados,*

*más grande en lo referente a la sabiduría con que fueron dirigidos sus trabajos, más grande por el maravilloso espíritu humanitario que desarrolló.*

El turista español que se asome a las llanuras del oeste americano, quizá animado por la nostalgia infantil de una película de indios y vaqueros, se encontrará con la sorpresa de que las huellas de los primeros descubridores y pobladores españoles, no sólo jalonan el paisaje, pues en los carteles de las autopistas, los nombres de Coronado, Oñate, Vargas o De Ariza son tan frecuentes como los anuncios del Holliday Inn o del Kentucky Fried Chicken, sino que están presentes, en el transcurrir diario de aquellas comunidades que siguen pensando, hablando y rezando en la lengua de Cervantes, pese a la presión que la cultura anglo ejerce sobre ellos.

Quizá recuerde entonces que el eco de ¡Santiago! resonó durante las escaramuzas con los indios apaches y navajos siglos antes de que vibrase en el aire de Arizona la corneta del Séptimo de Caballería.

## INTRODUCCIÓN

El asalto de la roca de Acoma ha quedado inmortalizado en el poema épico de don Gaspar Díaz de Villagrà: *La Historia de la Nueva México*.

En el mismo, el capitán y poeta narra la gesta llevada a cabo por don Juan de Oñate en la colonización de Nuevo México.

El autor dedica cinco cantos a la conquista de la ciudad de Acoma, donde narra el valor, la bizarría y astucia puestos de manifiesto por el sargento mayor don Vicente Zaldívar y sus hombres, que con este hecho consiguieron que la colonización del territorio se desarrollara en paz y perfecta sintonía entre los colonos españoles y los indios, a pesar de los escollos que tuvieron que sortear.

## ANTECEDENTES

La leyenda de las Siete Ciudades de Cibola que era anterior al descubrimiento de las Indias, figura ya en una carta del cosmógrafo florentino Toscanelli a Cristóbal Colón, y se origina con la creencia de que siete obispos, huyendo de la invasión musulmana de la península Ibérica, habían llegado con todas sus riquezas a siete islas (supuestamente, situadas en las cercanías de las Antillas), donde habían fundado siete ciudades. Al recorrer las Antillas y parte de la tierra firme sin encontrar esas islas, los exploradores españoles dieron en pensar que las ciudades podían estar en algún lugar del norte de México.

Después de la conquista de la ciudad de México, en 1521, la atención de las expediciones salidas de Nueva España se centran por unos años en la expansión hacia el oeste y el sur.

El interés por las misteriosas tierras del norte comienza en 1536, después de la llegada de Cabeza de Vaca a Culiacán, con el relato de sus maravillosas aventuras por estas regiones, aunque algún historiador americano, como Bancroft, opina que Cabeza de Vaca no entró en Nuevo México. En cualquier caso, hay que relacionar el viaje de Alvar Núñez con el principio de la historia de Nuevo México y de todo el suroeste. Cabeza de Vaca habla, entre otras cosas, de establecimientos permanentes de las Siete Ciudades de Cibola, en las que florecía una avanzada civilización de abundantes riquezas. Todo ello muy lejos, hacia el norte, cerca de elevadas montañas, según oía decir a los indígenas.

Estos relatos despertaron la curiosidad y el deseo de explorar y con-

quistar aquellas tierras. A tal fin, el primer virrey de Nueva España, don Antonio de Mendoza, mandó en descubierta hacia el norte, en 1539, al franciscano fray Marcos de Niza, que llegó hasta lo que son hoy los estados de Arizona y Nuevo México, y volvió de su expedición confirmando la existencia de las ciudades de Cibola.

Aquella noticia decidió al virrey Mendoza a organizar en 1540 una expedición y poner a su frente al explorador más grande que jamás pisó Estados Unidos, si bien sus exploraciones sólo produjeron desastres y amarguras. Nos referimos a Francisco Vázquez de Coronado, el cual, durante dos años de periplo, llegó hasta los estados actuales de Oklahoma y Kansas, descubriendo el Cañón que lleva su nombre.

Después de los desalentadores descubrimientos de Coronado, los españoles, durante muchos años, dedicaron muy poca atención a Nuevo México.

Un suceso iba a servir de acicate, aunque lejano, de la empresa que en último término llevaría a conquistar las apartadas regiones en que se asentaban, según las más antiguas noticias, los reinos o imperiores de Quivira y de las Siete Ciudades de Cibola. En 1578, el ya famoso navegante inglés Francis Drake, había penetrado en el océano Pacífico surcando el estrecho de Magallanes.

Cuando puertos y naves habían sido expoliados por el inglés, y los españoles habían formado una escuadra para capturarlo, Drake sintió la necesidad de recalar en algún desierto del litoral, a fin de sustraerse de la persecución hispana y proceder a una reparación general de su buque. El afortunado navegante halló el paraje deseado después de haber singlado a lo largo de las costas de la península de California, tierra esta ya no ocupada por los españoles, que la habían encontrado inhóspita y pobre. Más al norte de la península, un poco más allá del que luego sería el renombrado puerto de San Francisco, Drake hizo alto en una caleta a la que legó su apellido, y el 17 de junio de 1579 tomó posesión de aquel país en nombre de Isabel de Inglaterra y bautizó el territorio con el expresivo nombre de Nueva Albión.

Seis semanas permaneció Drake en aquel lugar, y al cabo de este tiempo puso proa a Occidente, abandonando la costa californiana, a la que no había de volver más. La fama de la estancia allí, no por eso habría de ser menor, y docenas de cartógrafos eruditos se ocuparon en inscribir en la última tierra conocida del noroeste de América, las palabras de New Albion y Drake's Bay, que parecían dar testimonio de una soberanía jamás ejercida por los reyes de Gran Bretaña.

El hecho, por lo demás, había de acarrear otras muchas consecuencias. Los gobernantes españoles tenían que afrontar la realidad de que el Pacífico había dejado de pertenecerles en exclusiva; de que los puertos, plazas y flotas necesitarían en adelante una competente organización defensiva. Pero se inquietarían también pensando en el motivo que había llevado al corsario a aquellas latitudes del Pacífico Norte. Y, cavilando sobre lo que Drake hubiese estado buscando por allí, llegarían a imaginar, que el objetivo de tan insólita navegación en las remotas costas de Nueva España había de ser la exploración en busca del paso que pusiese en comunicación el Pacífico con el Atlántico.

España había buscado el mencionado paso por el Atlántico, y sus marinos habían costeadado la accidentada geografía de los litorales canadienses hasta la bahía de Hudson, pero el éxito no les había acompañado. Por este motivo, toda tentativa al respecto hacía años que se había abandonado.

Ahora bien ¿qué había buscado y quizá hallado Drake en las más altas latitudes de California?, ¿sería posible que la exploración de la costa occidental de América diese más resultado que la del litoral tantas veces recorrido en vano? Éstas son las preguntas que no sin aprensión se formularían en Madrid y México los responsables de la defensa y conservación del Imperio. Esta duda, no exenta de angustia, sería el acicate para autorizar la ocupación de los territorios al norte de México. Así, la intranquilidad sembrada por la no deseada visita de Drake puso la primera semilla para la expedición a Cíbola y Quivira.

Por esta razón, en México, se empiezan a realizar preparativos para la ocupación del territorio. Así, en 1581, una expedición compuesta por tres franciscanos, escoltados por el capitán Sánchez Chamuscado, sale para recorrer el territorio e informar de sus características. Durante seis meses recorren el ignoto país llegando a Taos por el norte y a los pueblos de Zuñi y Acoma por el oeste.

Chamuscado, quizá desilusionado de lo que ve, decide volverse a México con la escolta. Los frailes, por su parte, resolvieron quedarse con los indios para tratar de adoctrinarlos en la fe de Cristo, toda vez que los mismos muestran una actitud amistosa hacia los padres. Pero poco había de durar la aparente mansedumbre de los indios, pues una vez los misioneros quedaron sin escolta, fueron víctimas de sus presuntos neófitos.

En el año 1582 se organizó otra pequeña expedición al mando de don Antonio Espejo, con la misión de informarse sobre lo sucedido a los frai-

les. Una vez conocida, por las indagaciones llevadas a cabo, la suerte que éstos habían corrido, decidió Espejo obtener el mayor provecho de aquella expedición. Circuló por todos los parajes del país y aun se aventuró más allá de Zuñi, hasta las tierras de los indios moquis o moquinos, los cuales le hicieron un cuantioso regalo compuesto de cuatro mil piezas de las más bellísimas mantas y tejidos que ellos fabricaban. Más al oeste de los moquinos alcanzó Espejo un territorio en el que creyó encontrar ricos yacimientos de mineral.

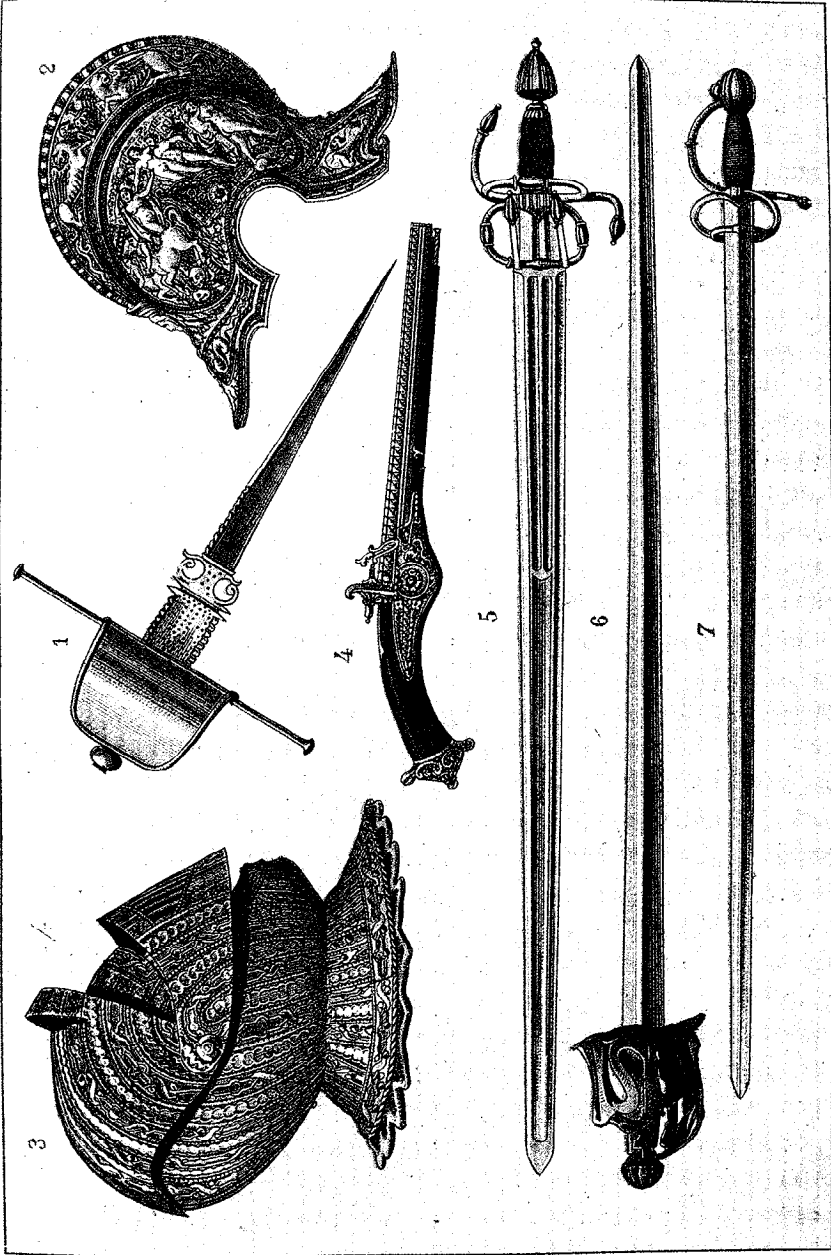
Cuando en 1583 esta noticia se difundió por Nueva España, junto con la de que el Rey había firmado una cédula encargando al Virrey la anexión y colonización del territorio del río Grande, la conmoción caló hondo en el pueblo. Así, no es de extrañar que pronto la mesa del Virrey se llenase de memoriales de los aspirantes a la dirección de la definitiva anexión de Nuevo México.

Finalmente, y después de múltiples vicisitudes, el 21 de septiembre de 1595, el virrey Velasco firma las capitulaciones en las que se designa a don Juan de Oñate, jefe de la expedición con los títulos de Adelantado, Gobernador y Capitán General de Nuevo México. En las mismas, don Juan se obligaba *a que en todo lo posible el dicho descubrimiento y población se hará con toda paz, amistad y cristiandad, y el gobierno de la gente a su cargo lo tendrá en la mayor cristiandad y tacto que pudiere para que en todo sean Nuestro Señor y su Majestad servidos.*

El Virrey también transmite la Orden Real en la que se le encarga a Oñate que practique cuidadosos reconocimientos de los puertos y costas en busca del famoso estrecho, procurando en esto la mayor reserva, para evitar que ninguna información de interés estratégico pudiera llegar a oídos de potencias enemigas.

Grandes fueron las dificultades que tuvo que sortear don Juan de Oñate, para organizar la expedición de acuerdo a las capitulaciones firmadas, y conseguir la definitiva autorización del Virrey para iniciar la marcha. Por fin, el día 26 de enero de 1598 la columna compuesta por ciento veintinueve soldados, ciento treinta colonos con sus familias, ochenta y tres carros y siete mil cabezas de ganado, dice adiós a los últimos establecimientos de Nueva Vizcaya para internarse en el desierto del norte.

La expedición, a pesar de las dificultades que encuentra a su paso, avanza inexorablemente hacia lo desconocido, a caballo del curso del río Grande. El día 11 de julio, Oñate entró en el pueblo de Caypa, el cual, una vez organizado, lo rebautizó con el nombre de San Juan de los Caballeros



Armas de los siglos XV y XVI.  
1. Daga de Diego García de Paredes. 2. Casco de Felipe II. 3. Capote de Felipe III. 4. Pistola de la época. 5. Espada de Felipe II.  
6. Idem. de Bernal Díaz del Castillo. 7. Idem. de Hernán Cortés. (Todos estos objetos existen en la Armería Real de Madrid.)

(hoy, Chamita), donde se establece y constituye la primera capital de Nuevo México.

En este pueblo, don Juan recibe a los representantes de las *tribus queres, tigua y jemer*, que se sometieron formalmente al régimen español e hicieron juramento de alianza con la Corona; lo mismo hicieron los *tanos, picuries, tehuas y taos* en septiembre de 1598. Al ver su fácil sumisión, Oñate sintió grandes alientos, y decidió visitar personalmente todos los pueblos principales, para hacerlos más seguros súbditos de su Soberano.

#### ACOMA, SANGRANTE Y HEROICA

Oñate, con una reducida fuerza, salió de la pequeña y solitaria colonia española, que estaba a más de mil kilómetros de distancia de toda ciudad de hombres civilizados, el 6 de octubre de 1598, después de recorrer los pueblos de la llanura. El 27 del mismo mes acampó al pie de los altos acantilados de Acoma.

Acoma, la extraña ciudad empinada de los *pueblos queres* estaba construida en un sitio fortificado por la naturaleza, lo cual era necesario en aquellos tiempos, puesto que las ciudades de los pueblos indios se encontraban rodeadas por hordas de indios nómadas, muy superiores en número, como navajos, apaches, etc., que en sus correrías asolaban la zona. Pero Acoma era la más segura de todas. En medio de un largo valle de unos siete kilómetros de ancho, bordeada por precipicios casi inaccesibles, se levanta una elevada roca que remata en una meseta de veintiocho hectáreas de superficie, y cuyos lados, que tienen unos ciento diez metros de altura, no sólo son perpendiculares sino que en algunos puntos se inclinan hacia adelante. En su cumbre se alzaba, y se alza todavía, la vertiginosa ciudad de Acoma. Las pocas sendas que conducen a la cima, y en las que un paso en falso puede precipitar a la víctima a una muerte horrible, bordean peligrosas hendiduras, desde cuya parte superior un hombre resuelto, sin más armas que piedras, podría casi tener a raya a todo un ejército.

Los principales de la ciudad bajaron desde lo alto de la roca, y solemnemente juraron alianza a la Corona de España. Se les advirtió la gran importancia y significación del paso que acababan de dar, y que si violaban su juramento serían considerados y tratados como rebeldes a Su Majestad, pero ellos se comprometieron a ser fieles vasallos.

Los españoles fueron tratados muy amistosamente, y Oñate invitado a visitar la ciudad. Pero tras esta actitud zalamera, los indios no sentían nin-



gún deseo de someterse a los invasores, y albergaban la idea de atraer a Oñaite a una trampa para matarlo. Una vez eliminado, los demás serían fácilmente derrotados.

Oñaite, que nada sospechaba de la proyectada traición, al día siguiente visitó la ciudad con un puñado de hombres. Los oficiosos indios los condujeron acá y acullá, mostrándoles las extrañas casas de varios pisos de altura y con varias terrazas, los grandes estanques labrados en la roca y el vertiginoso borde del precipicio que por todas partes rodeaba aquella ciudad, semejante a un nido de águilas. Finalmente, condujeron a los españoles a un sitio en el que había una larga escalera de mano, cuyo extremo superior pasaba por una trampa situada en el techo de una gran casa. Ésta era la *estufa*, o sea, la cámara sagrada del concejo. Los visitantes subieron al techo por una escalera más pequeña, y los indios trataron de que Oñaite bajase por la trampa. Pero el gobernador español, observando que en el aposento de abajo reinaba la oscuridad y sintiéndose de momento receloso, se negó a bajar. Como estaba rodeado de soldados, los indios no insistieron. Después de una corta visita a la ciudad, los españoles bajaron de la roca a su campamento y desde allí continuaron su larga jornada a Moqui y Zuñi.

Aquel gesto receloso de Oñaite salvó la historia de Nuevo México, porque en aquella *estufa* se habían apostado algunos guerreros armados con la misión de asesinarlo en el momento de su entrada en la cámara. Su muerte sería la señal para un ataque a los españoles.

Volviendo de un viaje de exploración por aquellas desiertas y mortíferas llanuras, el maestro de campo don Juan de Zaldívar, cumpliendo una orden del Adelantado, salió de San Juan el 18 de noviembre en pos de él, con el objetivo de reforzar su campo. La columna, compuesta por treinta hombres, llegó al pie de la ciudad empinada el 1 de diciembre y fue muy bien acogida por los acomeses que los invitaron a subir. Como para continuar adelante en busca del Gobernador necesitaba víveres, resolvió pedirselos a Acoma, y así se lo comunicó a la representación que había bajado a cumplimentarle, a lo que éstos asintieron, diciéndole que ellos se los traerían al campamento.

El día 4 de diciembre, viendo el maestro de campo que los indios no daban señales de cumplir lo prometido, decidió dejar trece hombres al mando del capitán Márquez, con misión de custodiar el campamento, mientras él, con el resto, decidió subir a la ciudad. Al pie de la roca desmontaron y dejando dos hombres al cuidado de los caballos, Zaldívar y los demás emprendieron la subida hacia la cima. Eran quince hombres,

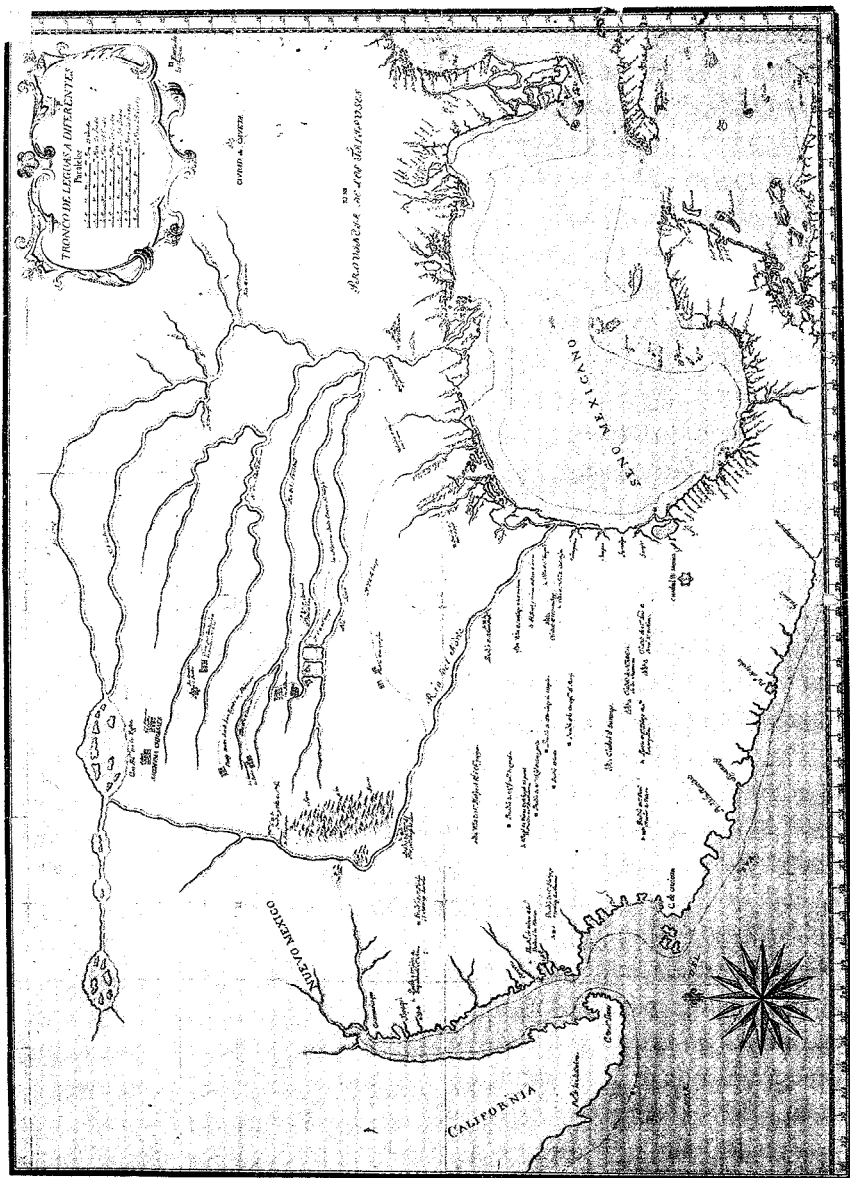
por lo que seguramente no se proponían asolar aquel poblado de quinientas casas de dos y tres pisos.

Apenas llegados arriba, don Juan percibió que los ánimos estaban pre-dispuestos en contra de ellos.

Don Juan de Zaldívar, entre afable y desconfiado, estaba incómodo por las dilaciones, pero sin querer dar rienda suelta a su exasperación se dejaba conducir de un lugar a otro del pueblo, instado por sucesivas promesas de sus anfitriones de entregarle los víveres solicitados. Al cabo, el maestre de campo se vio confinado en una estrecha plaza sobre un alto acantilado de la roca, en tan reducido espacio mal podrían allí desenvolverse para hacer uso de sus armas. En esta situación y a propuesta de los acomeses envió don Juan a sus hombres por escuadras a recoger los víveres requeridos. Con él, sólo quedaron tres.

Éste era el momento que los indios habían estado preparando y esperando. Lanzaron el grito de guerra convenido y al instante, hombres, mujeres y niños cogieron piedras, mazas, arcos y cuchillos de pedernal, y cayeron con furia sobre los dispersos españoles. Fue una horrenda y desigual lucha la que contempló el sol de invierno de aquella triste tarde en la ciudad empinada. Aquí y allí, de espaldas a la pared de una de aquellas extrañas casas, veíase a un soldado de faz lívida, desharrapado, cubierto de sangre, blandiendo su mosquete como si fuese una maza o dando tajos desesperados con la espalda, mientras recibía una lluvia de piedras sobre su calada visera, y por todas partes era objeto de golpes de clavas y pedernales. Uno a uno iban sucumbiendo ante aquella ola de rugientes bárbaros. El mismo Zaldívar fue una de las primeras víctimas. Los cinco que sobrevivieron —Juan López de Távaro, que era alguacil mayor, y cuatro soldados— pudieron reunirse, y luchando y sangrando por varias heridas se abrieron paso hasta el borde del precipicio. Pero sus enemigos continuaban persiguiéndolos, y sintiéndose demasiado débiles para seguir luchando, en el paroxismo de su desesperación, los cinco se arrojaron desde aquella tremenda altura.

No hay memoria de otro salto tan terrible como el que dieron Távaro y sus cuatro compañeros. Aun suponiendo que hubiesen tenido la suerte de llegar hasta el borde más bajo de aquel risco, la altura no pudo ser menor de cincuenta metros y, sin embargo, sólo uno de los cinco se mató en tan inconcedible caída; los cuatro restantes, atendidos por sus aterrorizados compañeros del campamento, finalmente se repusieron. Esto parecería increíble si no estuviese comprobado por pruebas históricas. Es probable que cayesen sobre uno de los montones de blanca arena que el viento había arremolinado al pie de la roca.



Plano 119 del tomo de EE. UU.

Afortunadamente, los indios victoriosos no atacaron el pequeño campamento. Sospechando que la matanza de sus compañeros no era más que el prelude de un levantamiento general de los veinticinco o treinta mil indios, decidieron dividirse en pequeños grupos y separarse; unos para alcanzar a su jefe en su jornada hasta Moqui y avisarle del peligro que le amenazaba, y otros para cruzar a toda prisa la llanura hasta San Juan y defender a las mujeres y niños que allí había y a los misioneros esparcidos entre los indios. El plan se realizó felizmente, y a finales del año 1598 todos los españoles supervivientes en Nuevo México se pusieron a salvo en la aldea de San Juan. Estaba dicha población construida de forma cuadrada y en la plaza central se habían colocado los pedreros (especie de obús que lanzaba balas de piedra), los cuales defendían las puertas. Tanto hombres como mujeres estaban prevenidos para defender la población ante el ataque que esperaban.

Pero los indios pueblos quedaron sobre las armas. Esperaban ver lo que Oñate hacía con Acoma, antes de tomar medida alguna contra los extranjeros.

Oñate se encontró en un difícil dilema. No se necesitaba saber ni la mitad de lo que sabía aquel español (ya encanecido y sosegado) acerca del carácter de los indios, para comprender que debía castigar sumariamente a los rebeldes por la matanza de sus hombres o abandonar para siempre su colina y Nuevo México. De quedar sin castigo, los osados pueblos no dejarían con vida a ningún español. Por otra parte, ¿cómo podía él llegar a conquistar aquella inexpugnable fortaleza de roca? Tenía menos de doscientos hombres, y sólo podía destinar parte de éstos para la campaña, pues de lo contrario, los otros pueblos, en su ausencia, se levantarían y aniquilarían San Juan y sus habitantes. Acoma, además de los vecinos de la ciudad, contaba con más de trescientos guerreros apoyados por cien indios navajos.

Pero no existía otra alternativa. Cuanto más lo pensaba y consultaba con sus oficiales, más claro veía que la única salvación estaba en tomar la ciudad de los *queres*, y resolvió llevar a cabo el proyecto. Oñate deseaba dirigir en persona tan atrevida empresa, pero si existía una persona que tenía más derecho que el Adelantado, ése era Vicente Zaldívar, hermano del asesinado Juan. Era sargento mayor de aquel pequeño ejército y cuando se presentó a Oñate y pidió se le diese el mando de la expedición contra Acoma, no hubo medio de negárselo.

El 12 de enero de 1599, Vicente Zaldívar salió de San Juan a la cabeza de setenta hombres. Sólo unos cuantos iban armados con mosquetes, el

resto con lanzas y espadas, además llevaban chaquetas acolchadas o mallas batidas. Un pequeño pedrero, amarrado sobre el lomo de un caballo era su única artillería.

Silenciosa y denodadamente la pequeña fuerza emprendió la ardua jornada. Todos conocían la inexpugnable roca, y pocos acariciaban la esperanza de volver de aquella misión desesperada, pero a nadie se le ocurrió la idea de retroceder. La tarde del día 21, la fatigada tropa avistó Acoma. Los indios, avisados por sus atalayas, estaban prestos a recibirlos. Toda la población con sus aliados navajos, hallábanse en armas en las azoteas y riscos, aullando, desafiando y vomitando insultos contra los españoles.

Zaldívar, hizo alto con su pequeña tropa al pie del risco, y acercándose cuanto pudo sin peligro, por medio de un intérprete, expuso el motivo de su visita. Reclamó las personas que dieron muerte a las víctimas del 4 de diciembre, para llevarlos a San Juan donde serían procesados y castigados. Pero los indios, viéndose seguros en su fortaleza natural, respondieron con insultos. Por tres veces, fueron requeridos por el sargento mayor a que entregaran a los culpables, pero ellos desdeñaron tales requerimientos.

Era evidente la necesidad de tomar Acoma por asalto. Los españoles acamparon a poca distancia del peñón. Mientras Zaldívar elaboraba su plan de asalto a la ciudad, los indios pasaron la noche bailando y burlándose desde lo alto.

Presentaba la roca de Acoma dos collados eminentes que le servían como plaza de armas y principales puntos desde los que se haría la defensa. Entre ambos picos, servía de enlace una estrecha cresta rocosa poco menos alta que aquéllos. El plan que el sargento mayor había ideado, consistía en simular un ataque general contra el más fuerte e inaccesible de los picachos, para atraer la atención de los indios sobre aquel punto; entre tanto, él con once hombres, intentaría escalar el otro cerro para sorprender a los defensores por la espalda.

El 22 de enero, día de San Vicente, sobre las tres de la tarde, Zaldívar dio la señal para el ataque. El cuerpo principal de la fuerza española empezó a disparar sus mosquetes y a intentar el asalto por el risco más difícil. Todos los indios acudieron a detener el asalto y empezaron a lanzar una lluvia de proyectiles sobre los atacantes. Entre tanto, el sargento mayor con sus hombres (entre los que se encontraba el capitán Villagrá) escalaba con grandes dificultades el farallón que les llevaría a la cima del cerro, pues además de sus armas y mosquetes llevaban el pedrero. Sin tropiezos llegaron al collado y descubrieron que éste estaba separado de

Acoma por un angosto pero terrible tajo. Al atardecer tenían el cañón apuntando hacia la ciudad. El retumbante disparo de la bala de piedra lanzada sobre Acoma, fue la señal de que se había tomado la primera posición estratégica, a la vez que advirtió a los indios del peligro que les amenazaba al otro lado. El alto peñón al que los doce habían subido, quedaba en manos de los españoles sin que hubieran experimentado ninguna baja. Los de Acoma veían perdida la aparente inexpugnabilidad de su roca, los enemigos en casa y su propia capacidad de resistencia extraordinariamente mermada. La noche se pasó en vela y en preparativos para el encuentro decisivo que se esperaba al día siguiente. Zaldívar ordenó que subieran los hombres a la posición ocupada y dispuso un gran madero que, a modo de pasarela facilitase el salto desde la posición ganada a la plaza del pueblo.

En la madrugada del 23, un grupo de hombres escondidos, y a la señal convenida, salieron corriendo de sus escondites con el madero cargado sobre sus hombros, y en una acertada maniobra lo colocaron sobre el abismo e iniciaron rápidamente el paso por aquel vertiginoso *punte*. Cuando varios habían puesto pie en el otro lado fueron acometidos por una horda (quizá de trescientos guerreros acomeses) que salió de una cueva situada fuera de la vista de los atacantes, donde habían estado aguardando este momento para atacarlos por sorpresa.

Al ver aquel tropel que se les venía encima los españoles dispararon su mosquetes, pero no tuvieron tiempo para aprestar de nuevo sus armas de fuego, y así hubieron de echar mano de sus espadas en espera de ser socorridos por sus camaradas, pero en su precipitación por defenderse, se habían llevado consigo el puente portátil, por lo que a los de atrás les era imposible ir en su auxilio.

Fue aquél un momento terrible. Eran menos de doce los que así quedaron al borde de Acoma, separados de sus compañeros por un precipicio de gran profundidad y rodeados por un enjambre de indios. Zaldívar ordenó que subieran otro madero para poder cruzar al otro lado de la zanja, pero Gaspar Pérez de Villagrá, viendo la ocasión mucho más urgente, tomó un trecho para coger impulso y se dispuso a saltar sobre el vacío para recoger, él mismo, el puente que estaba en el otro lado. Zaldívar intentó evitarlo, pero Villagrá corrió hacia el precipicio y al llegar al borde encogió su ágil cuerpo, saltó al aire como un pájaro y salvó el abismo. Cogió rápidamente a sus compañeros, que a toque de clarín se lanzaron a liberarlos del acoso que les ahogaba.

Empezó entonces una tremenda lucha cuerpo a cuerpo, peleando en

una proporción de diez a uno. Zaldívar y sus hombres se abrieron camino, pulgada a pulgada, paso a paso, usando sus mosquetes como mazas, hiriendo con sus chafarotes y arrancando las flechas de sus trémulas carnes. Iban avanzando, siempre avanzando al valeroso grito de guerra de ¡Santiago!, acorralando a su tenaz enemigo con valor todavía más firme, hasta que al fin, los indios, convencidos de que aquéllos no eran enemigos humanos, huyeron a refugiarse en sus casas semejanteras a fortalezas. De nuevo Zaldívar solicitó se le entregasen, para castigarlos, a los asesinos de su hermano y sus hombres, comunicándoles que todos los demás serían bien tratados si se rendían, pero los indios rehusaron toda propuesta de paz.

El risco estaba tomado, pero quedaba aún la ciudad, que era una verdadera fortaleza. Zaldívar tuvo que atacarla casa por casa y habitación por habitación. El pequeño pedrero fue colocado enfrente de la primera fila de casas, y pronto empezó a hacer disparos. Al derrumbarse las paredes de adobe bajo el peso de las balas de piedra, formaban grandes barricadas de tierra, las cuales tenían que tomarse a punta de espada. Alguna de las casas derruidas se incendiaba con la lumbre de los fogones, y no tardó en cubrirse la ciudad en un humo asfixiante, del cual salían los gritos de las mujeres y niños, y los provocadores alaridos de los guerreros. El humanitario Zaldívar hizo cuanto pudo para salvar a los primeros con gran peligro de sí mismo, pero muchos perecieron bajo las paredes derrumbadas de sus propias casas.

Por fin, al mediodía del 24 de enero, los viejos salieron pidiendo clemencia, y ésta les fue concedida en el acto. En el momento en que se rindieron, se olvidó su rebeldía y se perdonó su traición. Ya no hubo necesidad de más castigo. Los cabecillas que causaron la muerte de don Juan de Zaldívar habían muerto, como también casi todos sus aliados navajos. En aquellos tres días de combate, tuvieron los indios quinientos muertos y muchos heridos, y de los españoles supervivientes no hubo uno que no quedase para toda la vida con horrendas cicatrices como recuerdo de Acoma. Quedó la ciudad tan destrozada que hubo de ser reconstruida de nuevo.

Cuando sus hombres se recuperaron lo suficiente de sus heridas, Vicente de Zaldívar regresó victorioso a San Juan. ¡Qué griterío debió de armarse en las murallas de la pequeña colonia cuando desde sus atalayas vieron por fin el pequeño ejército de guerreros, pálidos y cubiertos de andrajos, regresar lentamente a sus hogares, caminando sobre nieve y montados en flacos jamelgos!

Los demás pueblos, que habían estado esperando el desenlace de tan

desigual combate, quedaron paralizados de espanto. Esperaban ver a los españoles derrotados, ya que no aplastados, y entonces un rápido levantamiento de todas las tribus hubiese acabado con todos los invasores. Pero había sucedido lo imposible ¡Acoma, la orgullosa ciudad encumbrada de los queres! ¡Acoma, la rodeada de riscos, la inexpugnable, había caído en poder de los pálidos extranjeros! Sus bravos guerreros habían perecido, sus fuertes casas eran un montón de humeantes ruinas, su riqueza se había perdido, su pueblo estaba borrado casi de la faz de la tierra. ¿Cómo luchar contra hombres tan poderosos, contra aquellos extraños brujos a quienes debían proteger «los de arriba», pues de otro modo no podían hacer tan sobrehumanas proezas? Ya no se pensó más en rebelarse contra los españoles, y los indios hasta se esforzaron en adquirir el favor de los terribles extranjeros. En adelante, los indios pueblos no dieron problema alguno al gobernador Oñate y éste pudo dedicarse a impulsar la colonización del territorio y a recorrerlo para tratar de encontrar las famosas ciudades de Cíbola. Pero, como toda quimera, esta búsqueda desapareció de la mente de aquellos hombres, que en adelante dedicaron todos sus esfuerzos en asentarse y sobrevivir en territorio donde la naturaleza daba pocas facilidades.

#### BIBLIOGRAFÍA

- LUMMIES, Charles F.: *Los exploradores españoles del siglo XVI*.  
NAVARRO GARCÍA, Luis: *La Conquista de Nuevo México*.  
PIÑUELAS, Marcelino C.: *Cultura hispánica en Estados Unidos*.  
GARRIGUES, Eduardo: *La quimera del Oeste*.  
HERNÁNDEZ SÁNCHEZ-BARBA, Mario: *Historia de América*.